

Veintidós peldaños

Memorias de un terrorista islamista

Novela de Roger Mimó

Introducción

Cuando el dieciséis de mayo de 2003 me enteré de que habían estallado bombas en diferentes puntos de Casablanca, introducidas en edificios públicos por terroristas suicidas, no podía comprender yo qué clase de odio hacia el mundo y hacia sus propios conciudadanos había empujado a unos cuantos marroquíes a cometer tan execrables actos, asesinando a personas inocentes e inmolándose a sí mismos ¿en nombre de qué? ¿Del islam?

Llevaba catorce años viviendo en Marruecos y me parecía éste un país la mar de agradable, no sólo para mí como extranjero, sino también para sus habitantes, incluso para los más humildes, con quienes había establecido estrechos lazos desde el principio y con quienes lo compartía prácticamente todo. Existían bolsas de pobreza, como en cualquier parte del Planeta, pero no de verdadera miseria, de esa miseria que sí había tenido la desgracia de percibir en otras naciones de África. En mi tierra de adopción jamás conocí a nadie que pasase hambre por falta de alimentos, a nadie que pasase frío por falta de ropa con qué abrigarse ni a nadie que se mojara cuando llovía por falta de un techo bajo el cual cobijarse.

Aunque sin justificarlo ni parecerme útil siquiera, podía llegar a entender el uso de aquel sistema de “morir matando” en lugares como Palestina, donde la desesperación por ver cerrarse todas las puertas y por la negación sistemática de los más elementales derechos estaba llevando a muchos jóvenes a la búsqueda de una solución desesperada. En Marruecos no. Y no pretendo dar a entender con ello que Marruecos fuera el Paraíso, pues ya sabemos que el Paraíso no se halla en la Tierra. No faltaban allí los problemas y desde luego había mucho por mejorar, tanto en el ámbito social como político, pero ninguno de los conflictos existentes me parecía tan grave ni de lejos como para motivar el uso de la violencia ciega y mucho menos la inmolación de muchachos en la flor de la edad.

Y en cuanto al islam... ¿cómo podría incitar a cometer tales actos una religión cuyo nombre significa paz y sumisión y que condena sin equívocos tanto el homicidio como el propio suicidio, sean cuales fueren sus motivos? No, no encontraba una explicación razonable al fenómeno en aquel momento y sigo sin encontrarla cinco años después, cuando escribo estas

líneas. Con todo, buscando y rebuscando, hurgando en los aspectos menos visibles de la sociedad, he llegado a reunir un cierto número de elementos que podrían, sino justificar tales actitudes, por lo menos empujar a un chico algo inconsciente hacia una situación en la que semejante comportamiento pareciera justificable. Dichos elementos componen la presente novela, que sólo pretende ser esto, una novela, y si el escenario en el que transcurre la historia es real en su mayor parte, tal realidad está ligada a los años en que la situamos, habiendo cambiado con posterioridad muchas cosas en el país y sobre todo en la ciudad de Tánger, tanto en el plano político y legal como en el plano urbanístico.

Por fortuna, el dieciséis de mayo de 2003 no estalló ningún artefacto en el Norte de Marruecos, limitándose los atentados a Casablanca; sin embargo, en el caso de haber estallado alguno, su portador, el intrépido, peligroso y fanatizado terrorista kamikaze que la hubiese introducido en un local público, pudo muy bien haber sido alguien de apariencia tan poco sospechosa como este joven dicharachero y simplón llamado Mohamed Amín El Arobi.

Peldaño uno

Al poner el pie en el primer peldaño de aquella maldita escalera, Mohamed Amín pensó con extremada nostalgia en su casa de Sidi Mansur y, automáticamente, la imagen de su padre se le apareció nítida como si aún estuviese vivo y anduviese a su lado en aquel mismo instante. ¿Qué diría, se preguntó con inquietud, si pudiese verlo en semejante trance? ¿Lo admiraría con orgullo por demostrar tanto coraje o, por el contrario, lo vilipendiaría y lo trataría de burdo asesino?

Para Mohamed Amín, la infancia pasada en su pueblo natal, cuando su padre todavía estaba con ellos, constituía sin la menor duda una de las etapas más dichosas de su vida, a pesar de que su casa no fuese precisamente una maravilla de confort y ni tan siquiera estuviese en la propia Sidi Mansur, sino en las afueras, a veinte minutos por una pista de tierra que se convertía en un barrizal durante el invierno, mientras en verano se levantaba una polvareda impresionante en cuanto soplabla una ligera brisa.

Para ir a la escuela, sus hermanos y él tenían que recorrer cuatro veces diarias aquel camino con un pesado macuto a la espalda, en ocasiones bajo un sol de rigor, en ocasiones aguantando en el rostro el terrible *cherqui*, el viento de levante que todo lo arrasaba, y en ocasiones con la lluvia o el granizo cayendo sobre sus infantiles cabezas. Pero nada de esto les parecía insoportable porque se habían acostumbrado a ello desde que tenían uso de razón, igual como se habían acostumbrado a dormir sobre una estera en el suelo, a salir fuera de la casa de día o de noche para hacer sus necesidades y a subir el agua del pozo en cubos fabricados con restos de neumático viejo, que luego trasladaban a hombros hasta la vivienda. Nada de aquello les afectaba y ni siquiera se enfurecían cuando, al llegar a la escuela tras ardua caminata, se enteraban de que el maestro no había venido ese día porque estaba enfermo, el pobre, o porque había tenido que ir a Alcazarquivir para una gestión importante, o porque el sindicato de la enseñanza había convocado una huelga para reclamar un aumento de salario. Ni se enfurecían ni se molestaban: volvían a cargarse a la espalda el macuto lleno de libros, una buena parte de los cuales no llegarían a utilizar en todo el curso por falta de tiempo lectivo, y regresaban a su casa, donde sus padres casi se alegrarían de que no hubiera clase porque así las niñas podrían ayudar a su progenitora en las tareas domésticas y los niños echarle una mano a su progenitor en las labores del campo.

Mohamed Amín era el segundo de seis hermanos y el mayor entre los varones, por lo que se había sentido siempre responsable de los demás, tanto para lo bueno como para lo malo, tanto

para darles órdenes y controlarlos como para cuidar de ellos y protegerlos de cualquier amenaza.

Fátima contaba dos años más que él y dejó la escuela al cumplir los diez porque su madre la necesitaba en el hogar y además consideraba que las niñas no precisaban aprender muchos números ni muchas letras para formarse como futuras amas de casa, sino más bien a cocinar y a criar bebés, de modo que el dinero empleado en libros podía destinarse a mejor fin. Bajita y regordeta, era la chiquilla más dócil que imaginarse pueda y su rostro, aun sin ser especialmente bello, expresaba sin equívocos ese carácter bondadoso y humilde por el que se hacía querer a primera vista.

Latifa, que venía tras ellos, era una moza proporcionalmente más alta que su hermana mayor y dotada de una gracia especial en la mirada, en la sonrisa, en el andar incluso, pero rebelde como un demonio. En la escuela recibía más palos que ninguna otra niña, sin por ello amedrentarse, y al llegar a casa desaparecía misteriosamente antes de que pudieran mandarle cualquier tarea, o incluso tras habérsela mandado se escabullía como un ratoncito y no volvían a verla hasta que el hambre la llevaba a penetrar de puntillas en la cocina en busca de cualquier alimento que llevarse a la boca. Era en aquel preciso momento cuando Mohamed Amín o la señora Menana, su madre, solían atraparla; pero, al reprenderla ésta por no haber hecho lo que se le ordenara, la indisciplinada y escurridiza cría encontraba siempre una excusa razonable y convincente con que responder: “es que me llamó papá”, “es que se cayó uno de los bebés en el barro y fui a limpiarlo”, “es que todavía es temprano para cocer el pan si no queremos comerlo frío”...

Detrás de Latifa venía un segundo varón, Omar, unos cuatro años más pequeño que Mohamed Amín y no tan fuerte como él, pero mejor dotado para los estudios a juzgar por las notas que traía cada trimestre y por los elogios que le dedicaba el maestro, aunque también le administraba frecuentes azotes porque el chico, sabiéndose más despierto que muchos de sus compañeros, a menudo se reía de ellos y se dedicaba a estorbar en clase. Y lo que más irritaba al profesor era que al pillarle hablando con el vecino y aparentemente distraído, si le lanzaba una pregunta sobre lo que acababa de explicar, Omar la contestaba de inmediato como si hubiese estado la mar de atento.

Mohamed Amín era muy consciente de la superioridad intelectual de su hermano pequeño y, lejos de ponerse celoso, incluso se mostraba orgulloso de ello. “Son éstos, acostumbraba a decir, los que se van a comer el mundo con su inteligencia y no los brutos como nosotros”. Por qué empleaba el plural es algo que ni él mismo sabía con exactitud, quizás porque le daba la tranquilizadora sensación de ser ésta una diferencia generacional.

De hecho, él jamás trató de sacarle ningún provecho a la escuela, por la que pasó con absoluta indiferencia. En el aula se abarrotaban cincuenta alumnos de varios cursos sucesivos, de manera que el maestro les ponía tareas para que se entretuviesen mientras explicaba la lección a los demás, pero con frecuencia los primeros se preocupaban más de lo que hacían los segundos o del vuelo de una mosca –y en Sidi Mansur nunca faltaban tales insectos- que de sus propios quehaceres. Además, como los pupitres no eran suficientes para todos, en cada uno de ellos se abarrotaban tres niños: dos en los asientos y el tercero sentado en una almohada sobre el barrote central. En tales condiciones de hacinamiento y faltando el maestro un día de cada tres por los motivos que ya hemos mencionado, había que tener mucho interés por el estudio para llegar a aprender algo.

Las cosas no siempre habían sido de aquel modo, ciertamente. La escuela, construida con muros de prefabricado rosa y un techo plano de hormigón que no protegían en absoluto del calor ni del frío a sus ocupantes, había sido implantada en el pueblo a principios de los años setenta y en aquella época su capacidad era sobrada para los potenciales alumnos. En los primeros tiempos, los maestros habían ido visitando a las familias casa por casa para convencerles de que mandasen a sus hijos a clase y aun con todo su esfuerzo sólo habían conseguido llenar las frías aulas de prefabricado hasta la mitad. Pero luego el crecimiento acelerado de la población había conducido a un rápido aumento del número de alumnos que nadie había sabido prever. El Ministerio se hallaba desbordado por la situación, idéntica en todo el país y de un modo especial en las zonas rurales; el presupuesto se incrementaba considerablemente de año en año sin llegar a cubrir nunca las necesidades y, si bien el número de profesores era más o menos el adecuado, no se podía decir lo mismo del número de aulas, pues para construir nuevas aulas al Ministerio no le bastaba con el cemento y la mano de obra sino que además necesitaba comprar nuevos terrenos y quienes disponían de terreno libre en los alrededores de las escuelas aprovechaban la situación para valorarlos en un precio que de otro modo nunca se hubiesen atrevido a pedir.

Los dos últimos hermanos, Yusef y Salma, eran bastante más pequeños, pues el que venía detrás de Omar se había perdido en el vientre de su madre y a continuación había pasado ésta tres años sin dar a luz. Cuando nació Yusef, Mohamed Amín había dejado ya la escuela tras vegetar en ella a lo largo de seis cursos, en los que había aprendido a leer y escribir en árabe, las cuatro reglas, un francés rudimentario, media docena de suras del Corán y algunos conceptos de historia, geografía y ciencias que por entonces había olvidado ya, y trabajaba con su padre en el campo a jornada completa. Sano y robusto como era, por mucho que su aspecto físico no resultase corpulento en absoluto, no le amedrentaba ninguna de las labores

que le asignara su progenitor, por el que sentía un profundo respeto y una gran admiración. Labraba los campos con un arado de madera tirado por una mula y por un buey en substitución de la segunda mula que no poseían; esparcía con sumo cuidado las semillas de inestimable valor; abría y cerraba con la azada el paso de las acequias que regaban los huertos con agua de un canal procedente del río Lukus; recogía las legumbres para llevarlas luego al zoco de Alcazarquivir a lomos de la propia mula, y segaba con una hoz el trigo destinado básicamente al consumo familiar, que luego trillaba la misma bestia dando vueltas alrededor de una estaca mientras ellos dos levantaban una y otra vez la paja con sus respectivas palas y horcas.

Y también se ocupaba del ganado, aunque fuese aquélla una tarea más propia de las chicas, quienes ordeñaban las vacas, las nutrían con alfalfa recolectada por ellas mismas, limpiaban el gallinero y reponían el maíz de los diferentes comederos a medida que se iba consumiendo, pero a menudo era Mohamed Amín quien sacaba a pastar las cabras y las ovejas por la orilla del canal y quien las esquilaba en primavera. Con un par de vacas, una docena de ovejas y otras tantas cabras por término medio, no podían considerarse una familia rica ni mucho menos, pero tampoco eran miserables y hasta ese momento jamás habían pasado verdaderas privaciones. Con la venta de legumbres, de melones, de higos chumbos y de algún que otro cordero en el zoco de Alcazarquivir les bastaba para comprarle todos los años una chilaba a cada miembro de la familia, la ropa interior, los escasos alimentos que no les proporcionaban sus propios campos y los libros para los niños, que convertían el mes de septiembre en la época más difícil de superar, más incluso que el ramadán y el Aid El Kebir. Su madre se lamentaba y se tiraba de los pelos cuando llegaba aquel periodo, pero su padre se había mostrado siempre categórico al respecto: por nada del mundo permitiría que sus hijos fuesen analfabetos como él, aunque para evitarlo tuviesen que hacer un esfuerzo sobrehumano y privarse de muchas otras cosas.

El ramadán, que por aquel entonces caía en primavera, constituía sin duda el segundo momento comprometido para su economía, tras el inicio del curso escolar. Por mucho que se tratara de un mes de ayuno y abstinencia, los gastos aumentaban de manera considerable con el consumo, durante la noche, de una serie de alimentos especialmente caros, como la carne y los dulces, de los que solían pasarse en tiempo normal. Además, el final del ramadán se celebraba con la fiesta del Aid Es Seghir, en la que se solía visitar a los vecinos y parientes luciendo ropa y calzado nuevos, de modo que se concentraban en aquella fecha casi todas las compras del año.

Por lo que hace al Aid El Kebir, si bien resultaba extremadamente oneroso para los habitantes de las ciudades debido a la obligación de adquirir un borrego destinado al sacrificio ritual establecido por el islam y por la tradición marroquí, a las gentes del campo no les afectaba en exceso porque se limitaban a echar mano de su propia cabaña ganadera e incluso, si decidían vender algunas reses, aquélla era la ocasión de obtener un precio más elevado que de costumbre.

Mohamed Amín tendría poco más de quince años cuando el Estado marroquí emprendió la célebre y celebrada campaña de electrificación del mundo rural. Parecía imposible, un sueño... ¡la electricidad en Sidi Mansur! Darle a un interruptor y que de pronto se iluminara toda la estancia, como habían visto hacer en los comercios de Alcazarquivir... Ya no tendrían que preocuparse nunca más de guardar a mano las cerillas para encender una vela cuando se levantaran por la noche, ni deberían recurrir a los frágiles farolillos de butano en torno a los que se arremolinaba la familia entera en las interminables veladas de invierno y, sobre todo, ahora podrían disfrutar de aquel fabuloso invento que en las ciudades no faltaba ya ni en los hogares más humildes: ¡el televisor!

Tal como les habían advertido, la electrificación comenzó por el centro del pueblo, donde, en realidad, ya funcionaba desde hacía varios años un grupo electrógeno comunitario que se ponía en marcha al anochecer y se apagaba sobre las diez o las once. Gracias a su existencia, muchos vecinos habían adquirido pequeños televisores en blanco y negro, que consumían menos, e incluso se había abierto un cafetín equipado con uno de aquellos aparatos, al que acudía Mohamed Amín una vez o dos por semana para ver los principales partidos de fútbol.

A ellos, que vivían a casi dos kilómetros del centro, tardó todavía un año entero en llegarles la conexión, pero al fin se produjo el milagro. Lo malo fue que aquel milagro tenía un precio. Para pagar la acometida y comprar el televisor, su padre decidiría, tras una larga y acalorada controversia, vender una de las dos vacas que poseían. El buen hombre no acababa de comprender la necesidad que tenían de procurarse un electrodoméstico del que se habían pasado perfectamente hasta entonces, pero los niños insistieron mucho y su madre les dio la razón. Las demás familias de Sidi Mansur, argumentó, lo habían puesto ya o estaban a punto de ponerlo. ¿No querría que fuesen ellos, pues, la comidilla de la aldea? ¿O que los compañeros de colegio se rieran de sus hijos por no estar al tanto de los programas que todos habían contemplado la víspera?

La pérdida de aquella primera vaca representó para la familia el principio de las desdichas, el paso que nunca debieron de dar y a partir del cual ya no fue posible el retroceso, pero ¿quién hubiese podido imaginarse en aquel momento de euforia lo que iba a suceder con

posterioridad? El caso fue que, una vez pusieron en marcha el ansiado televisor, se dieron cuenta de que por sí solo no bastaba, pues únicamente se veía la primera cadena marroquí, cuyos programas carecían prácticamente de interés, y ni siquiera se captaba todos los días debido al pésimo funcionamiento del repetidor de aquella zona. El dinero que habían destinado a su compra sería, pues, como tirado a la basura si no hacían el esfuerzo de gastarse un poco más en una antena parabólica con su correspondiente descodificador, invento que se había introducido en Marruecos hacía sólo unos meses y estaba causando un furor inusitado entre la población.

Esta vez su padre llevó al zoco dos borregos y regresó con el enorme plato blanco atado sobre las alforjas de la mula, bien visible para que todos los habitantes de Sidi Mansur supiesen que había ofrecido a los suyos el ansiado aparato. Sin embargo, esto ya no impresionó a nadie porque en esa época la mayor parte de las familias lo estaban comprando también. Hubo que traer asimismo un saco de cemento que costó cuarenta dirhams y un soporte metálico para sujetar el plato en el tejado de la casa, hecho de cañas y de tierra sobre unas vigas de eucalipto y recubierto desde hacía varias décadas con unas planchas de hierro galvanizado que lo protegían eficazmente de la lluvia, por mucho que la capa de zinc había ido gastándose y ahora aparecían irremisiblemente oxidadas. En cuanto a las paredes, eran de ladrillos de barro y paja secados al sol pero estaban encaladas tanto por dentro como por fuera, ofreciendo un aspecto pulcro y acogedor.

La cocina, el establo de la mula y los tres salones que hacían a un tiempo funciones de comedores y dormitorios formaban un cuadrilátero en torno a un patio bastante amplio en el que solían encerrar las cabras y las ovejas por la noche, siguiendo una costumbre generalizada en las viviendas del pueblo y de la región. Alrededor de la vivienda, un amplio espacio limitado por diferentes líneas de chumberas a modo de vallas incluía la era donde trillaban el trigo con la mula y dos pajaes que constituían el espacio lúdico predilecto de los niños.

Tanto a Mohamed Amín como a sus hermanos, todo aquello les había parecido siempre lo más normal del mundo porque era lo único que habían conocido desde su nacimiento. Sin embargo ahora, con la televisión y la antena parabólica, empezaron a descubrir la existencia de otro mundo diferente. En los seriales egipcios o mexicanos –por no hablar de los norteamericanos- veían unas mansiones como jamás habían imaginado que pudieran existir. ¡Qué salones, inmensos, amueblados con sofás de última moda y cortinas de terciopelo! ¡Y qué dormitorios, con edredones de aspecto sedoso cubriendo unas enormes camas en las que hubiese podido pernoctar su familia entera! ¡Eso era vivir de verdad, mientras que ellos se limitaban a sobrevivir de mala manera en su choza de barro sin más muebles que las

consabidas esteras y un ataífor de apenas un palmo de altura sobre el cual comían sentados en corro en el suelo! Y luego estaba la publicidad... ¡Qué útiles y atractivos parecían todos aquellos productos que se anunciaban, a los cuales ellos no tenían acceso! ¡Quién pudiera gozar de aquellas máquinas que hacían solas todas las tareas del hogar, o de aquellos juguetes maravillosos, capaces de andar o de volar con sólo pulsar un botón!

Día sí día también, tanto los seis hermanos como su propia madre se pusieron a exigir pequeños detalles, absolutamente razonables pero que hasta entonces no habían pedido: que si una crema para el acné, que si un dentífrico, que si una colonia, que si unas galletitas como las que traen los otros niños al colegio, que si unos caramelos... A menudo se trataba de verdaderas nimiedades, objetos que costaban sólo uno o dos dirhams, pero poco a poco iban sumando más de lo que la familia se podía permitir y lo que acababa de colmar el vaso eran las facturas de la electricidad. Por todo ello, quedaba claro que había perdido validez la economía de autosuficiencia practicada hasta ese momento y que un salario del exterior no estaría por demás en absoluto.

Siendo el mayor de los hermanos, Mohamed Amín se ofreció entonces a buscar un trabajo remunerado en Alcazarquivir o incluso más lejos, donde fuese y de lo que fuese, para complementar los ingresos de la casa, pero su padre se opuso de un modo tajante.

- La ciudad –le advirtió- es demasiado peligrosa para un muchacho de dieciséis años que apenas ha salido nunca de su aldea. Si alguien tiene que partir soy yo; aún me siento capaz de ir a buscar el sustento para los míos.

A pesar de tan rotunda sentencia, lo cierto es que todavía estuvo indeciso un tiempo tras aquella discusión, mas por fin se decidió a marcharse un día en que Latifa le reprochó: “estamos a punto de entrar en el siglo XXI y tú pretendes que sigamos viviendo como vivían nuestros antepasados en el XIX”. Dándose por vencido, hizo las maletas y se trasladó a Tánger, donde la euforia urbanística ofrecía empleos en abundancia según comentaba la gente.

A lo largo de los dos años que siguieron a estos acontecimientos, nuestro personaje se ocupó él solo de todas las labores del campo, si bien su madre no dudaba en asumir las responsabilidades necesarias en ausencia del marido. La señora Menana era una mujer entrada en carnes, con un rostro esférico de suaves facciones y un gesto de bondad parecido en algo al de su hija Fátima, pero fuerte y enérgica en extremo. Sus órdenes no se discutían y tomaba las decisiones, acertadas o no, con increíble rapidez. En aquella época no debía de superar los treinta y cinco años, puesto que la habían casado muy jovencita, si bien aparentaba casi cincuenta debido a los rigores de la vida en el campo y en realidad no había modo de conocer

su edad al no disponer de documento alguno que acreditase la fecha de su nacimiento. Ella sólo recordaba que su hermano mayor había venido al mundo –aseguraban los abuelos- a los pocos meses de ser coronado el rey Hassan II, en marzo de 1961.

Para Mohamed Amín, aquellos dos años tampoco resultaron especialmente duros ni le dejaron un mal recuerdo, por mucho que notara la falta de ese apoyo moral y psíquico tan necesario que representa un padre en la adolescencia. El chico aceptaba de buen grado la situación porque sabía que éste trabajaba en la ciudad y cada vez que les visitaba, por lo general todos los meses, le entregaba a su madre una suma de dinero que ella administraba con rigor en bien de la familia. Lo que no sabía con exactitud el muchacho era que su progenitor no había encontrado un empleo fijo, sino que se ofrecía como obrero de la construcción en los diferentes tajos y percibía cuarenta o cincuenta dirhams por jornada cuando era contratado, sin papeles y, por supuesto, sin seguridad social. Ciertamente, el trabajo de este tipo no faltaba en la capital del Norte, pues las grandes fortunas acumuladas con el tráfico de hachís de las montañas del Rif hacia Europa estaban siendo blanqueadas y reinvertidas mediante la construcción de inmuebles a mansalva.

El nombre de aquella urbe le sonaba mítico a Mohamed Amín en esa época en que no había ido más allá de Alcazarquivir y el hecho de saber que su padre se encontraba en ella le hacía sentirse orgulloso, a pesar de que tampoco en esto eran los únicos, pues de Sidi Mansur habían salido en los últimos tiempos más de treinta cabezas de familia y otros tantos primogénitos a buscar el necesario complemento de la economía doméstica y la mayor parte habían ido a parar precisamente a Tánger.

La situación parecía estabilizada y todos creían que podrían seguir así muchos años cuando su hogar fue alcanzado por el infortunio. El día en que nuestro héroe vio llegar a su casa al conocido almocadén de la aldea y éste le saludó con aire compungido, comprendió que algo terrible acababa de suceder. Le hizo pasar al salón principal donde tenían el televisor y le gritó a su hermana Fátima que preparase una tetera, pero el almocadén le detuvo con el gesto.

- He recibido un mensaje de la gendarmería –empezó diciendo- y tengo que comunicártelo. Dios te dará fuerzas para escucharme y para superar el trance. Piensa que todos estamos en Sus manos y que sólo por Su gracia venimos a este mundo para una breve estancia, a la que pone fin cuando Él quiere.
- ¿Le ha sucedido algo a mi padre? –adivinó el muchacho, cortando por lo sano tan bienintencionado discurso-. Dímelo sin rodeos.
- En efecto, ha sufrido un accidente.
- ¿Un accidente? ¿En qué hospital se halla? Tengo que ir a verle enseguida.

- No, hijo, no está en el hospital. Se cayó de lo alto de un andamio y murió en el acto. Que Dios le acoja en Su seno.

Aquel día Mohamed Amín maldijo la luz eléctrica, el televisor, la parabólica y todos los objetos que habían entrado en su casa en los últimos dos años gracias a los ingresos de su abnegado progenitor. Deseó no tener nada de aquello y vivir en la más negra miseria con tal de conservar a éste, pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás y, en el fondo, él mismo sabía que ya no era posible. Bastaba echar un vistazo a su alrededor para darse cuenta de la realidad. En torno al televisor habían puesto unos canapés en los que sentarse y recibir a las visitas en lugar de hacerlo sobre la estera. Todos los vecinos de Sidi Mansur los tenían y se reirían de ellos si ahora los vendiesen. Asimismo, la bandeja que acababa de traer Fátima contenía varios tipos de bollos y galletitas en substitución de los cacahuetes que habrían servido antaño e incluso la propia tetera ya no era de latón sino de alpaca. En cuanto a él mismo, vestía unos tejanos y una camisa que antes no hubiese podido comprarse y se había acostumbrado a fumar cigarrillos, aunque se conformaba con la marca más económica del mercado, el ruin Casa Sport.

- No te aflijas –insistió el almocadén al despedirse, tras engullir por puro compromiso una pasta y abrasarse la lengua con un sorbo de té-. Piensa que no podemos evitar nada de lo que ha sido Escrito.

Como buen musulmán que era, Mohamed Amín estaba convencido de tal afirmación, pero no por ello se hallaba menos triste y, además, a la tristeza vinieron a sumarse las dificultades económicas. No sólo dejaron de percibir las ayudas a las que se habían acostumbrado, sino que la desgracia acarreó innumerables gastos. Hubo que pagar la ambulancia que trajo el cadáver desde Tánger para enterrarlo en el cementerio de Sidi Mansur con la debida pompa y hubo que alimentar a todos los vecinos que venían a darles el pésame y a todos los familiares que acudieron desde los diferentes pueblos de la región, algunos de los cuales permanecieron en su casa una semana entera para echarles una mano en el desarrollo de los actos fúnebres, y es cierto que ayudaron mucho, pero no por ello zampaban menos. También es cierto que cada uno de los vecinos traía un par de kilos de azúcar, con lo que almacenaron este producto para consumir a lo largo de un año entero, mas la carne, las verduras y el té gastados aquellos días costaban como mínimo el doble. Tuvieron, pues, que degollar un borrego y llevar otros dos al zoco de Alcazarquivir para sufragar los gastos imprevistos.

Convertido prematuramente a los dieciocho años en el nuevo cabeza de familia, Mohamed Amín recibía los abrazos y las condolencias de los hombres, a los que respondía con las frases

de rigor previstas para el caso, mientras la señora Menana hacía lo propio con las mujeres, que constituían con diferencia la mayor parte de los visitantes.

Y los gastos no terminaron ahí, pues los parientes le aconsejaron al muchacho exigir una indemnización por el accidente de su padre, a la que tenía pleno derecho, e incluso uno de ellos deslizó en su mano la tarjeta de visita de un abogado de Tánger que podría ocuparse del caso, el maestro Lamrani, pero lo que no proporcionó ninguno de aquellos bienintencionados caballeros fueron los medios económicos con los que contratar al picapleitos.

Convencido de lo que no sólo era su derecho sino incluso su deber moral hacia el difunto, Mohamed Amín vendió entonces la segunda vaca y emprendió en un viejo autobús de línea regular el camino de aquella ciudad cuyo nombre todavía le sonaba mítico. Una vez allí, tuvo la enorme suerte de poder alojarse en casa de su tía, una hermana mayor de su madre que había emigrado cinco años atrás, de manera que los gastos se redujeron al transporte, al papeleo y a los honorarios del propio abogado. Aun así, no le sobraría ni un solo dirham del dinero que había obtenido por la vaca, pues, como la tía Munia vivía en un suburbio periférico y él no conocía nada de la gran urbe, no le quedaba más remedio que trasladarse en taxis de su alojamiento a las diferentes oficinas y viceversa.

Reunir los certificados que necesitaba el maestro Lamrani le costó un par de semanas, en las que no cesó de dar vueltas de una administración a otra, de una ventanilla a otra y de un despacho a otro, pues para obtener cada uno de los papeles requeridos le exigían la presentación de otros tres o cuatro documentos, que a su vez comportaban la tramitación de otros diferentes y aquello constituía un círculo vicioso interminable. Además, tuvo que ir varias veces a Alcazarquivir para solicitar partidas de nacimiento y certificados de residencia, e incluso a Sidi Mansur para una declaración jurada del almocadén relativa a su modesta situación económica. Pero al fin, dándole veinte dirhams de propina a un funcionario, implorando al siguiente y amenazando al tercero, cuando ya las barreras le parecían infranqueables y a punto estaba de tirar la toalla, consiguió inesperada y milagrosamente cuanto le hacía falta.

Por lo que respecta al propio abogado, le cobró “sólo” tres mil dirhams en concepto de gastos, advirtiéndole que sus verdaderos honorarios consistían en quedarse con un tercio de la indemnización el día en que se obtuviera ésta. El caso le parecía complicado, le previno, pues, aunque su derecho a recibir una compensación por el desgraciado suceso era irrefutable, lo que no estaba tan claro era a quien se podía exigir en la práctica su pago. No disponiendo la víctima de contrato laboral ni de seguro, habría que demostrar mediante varios testigos no sólo que trabajaba y dónde trabajaba, sino además para quién trabajaba.

El propietario del inmueble se limpiaba las manos del asunto argumentando que él había contratado a un intermediario, quien a su vez había subcontratado la mano de obra a diferentes maestros albañiles y eran éstos los que habían traído cada uno a sus obreros y quienes les pagaban el jornal. No obstante, cargarle el muerto al maestro albañil, aunque relativamente fácil desde el punto de vista legal, sería inútil debido a su falta de solvencia. En esto, evidentemente, no habían pensado los parientes de Mohamed Amín al aconsejarle que se querellase y ahora era él, no ellos, quien pagaba las consecuencias.

- De todos modos –le reconfortó el jovial y dicharachero Lamrani- tú no te preocupes.

Déjalo en mis manos. Ya veré cual es la mejor solución al problema.

Como tampoco se le presentaban más alternativas, el muchacho decidió confiar en él y regresar a su pueblo, aunque a esas alturas ya no le quedaba dinero ni para un pasaje en el viejo y destartado autobús de línea regular y tuvo que viajar de polizón en ferrocarril, tendido bajo una línea de asientos del departamento de segunda y pegado como una lapa a la pared metálica para evitar que le viese alguno de los tres revisores que recorrían el convoy en equipo. Una vez en Alcazarquivir, por fortuna, el conductor de la furgoneta de Sidi Mansur le permitió montarse con la promesa de pagarle más adelante los cinco dirhams del trayecto.

En los meses que siguieron, continuó labrando la tierra sin descanso aunque sin alcanzar a cubrir con ello los gastos de la familia, sujeta desde entonces a la venta paulatina del ganado que les quedaba y a frecuentes préstamos de los vecinos que nadie sabía cuándo podrían devolver. Cada tres o cuatro semanas llamaba por teléfono al abogado y cada tres o cuatro semanas obtenía una respuesta similar, en un lenguaje jurídico que ni siquiera comprendía, pero la conclusión era siempre la misma: no había más remedio que esperar la evolución de los acontecimientos.

Casi un año había transcurrido en aquella situación angustiada cuando, por casualidad, Mohamed Amín habló con un comerciante que solía ir a Tánger muy a menudo por sus negocios.

- Hombre –se atrevió a pedirle- , si no es molestia, ¿podrías mirar cómo anda mi asunto? Tú que estás acostumbrado a tratar con la burocracia quizás entiendas lo que yo no soy capaz de captar cuando llamo por teléfono.
- Por supuesto, no faltaría más... ¿Qué abogado lleva tu asunto?
- El maestro Lamrani.
- ¿Ese borrachín? ¡Apañado estás tú!
- ¿Qué dices?

- El maestro Lamrani se gasta en el bar todo lo que cobra de sus clientes y nunca resuelve nada. Es muy conocido en Tánger. ¿Cómo has ido a caer en sus manos?
- Pues... alguien me dio su tarjeta.

El joven comprendió por fin que no valía la pena seguir esperando y trabajando la tierra como un esclavo de sol a sol para ir acumulando cada día más deudas. Había que hacer algo, pero, por otra parte, ya era demasiado tarde para buscar un segundo abogado serio y eficaz a quien confiar su litigio, pues no les quedaba ni una sola vaca que llevar al zoco.